

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V5

Capítulo 86: Rey de las contradicciones.

Al ocultarse el sol en el horizonte, sus rayos se filtraban entre las hojas, proyectando dibujos dorados sobre el suelo del bosque. El suave sonido del agua acompañaba el crepitar de una pequeña fogata que León y Mevis habían encendido junto al río para descansar un rato.

—Tenemos poco tiempo, maestra Mevis. ¿De verdad necesitamos parar, encender una fogata y comer algo? — preguntó León con escepticismo.



Mevis, con las manos en las caderas, se sentó tranquilamente. Ensartó unos pequeños pescados que había recogido y los colocó sobre el fuego. Las llamas parpadeantes se reflejaron en sus ojos oscuros mientras respondía con serenidad, sin levantar la vista.

Comer no nos retrasará mucho, Príncipe. Además, a juzgar por el mapa, ya estamos cerca de la fuente de contaminación. No te preocupes, esto no afectará tu puntuación en el examen.

León asintió, con la mirada fija en el pescado que cocinaba Mevis. Parpadeó y preguntó:

“Pero si estamos tan cerca de la fuente de contaminación, ¿cómo podemos estar seguros de que esos peces son seguros para comer?”

Los traje río abajo. Son limpios y naturales.

“¿Pero qué pasaría si esos peces nadaran río abajo desde la zona contaminada?”, replicó León.

—Príncipe, ¿estás comiendo o no? —preguntó Mevis, con un tono tan neutral como siempre.

León resopló: “Yo, un Príncipe Dragón Plateado, preferiría morir de hambre, saltar al río o morir antes que comer...”

Minutos después, León masticaba con entusiasmo. “¡Guau, qué rico! ¡Maestra Mevis, qué bien asa el pescado!”

El título de "Príncipe" de repente parecía ambiguo. ¿Era el "rey" de "El Rey Dragón Plateado" o el "rey" de "El Rey de las Contradicciones"?

Mevis sonrió levemente, dando pequeños y delicados bocados a su propio pescado. A pesar de la falta de condimento, estaba sorprendentemente sabroso, probablemente porque el largo día de caminata le había abierto el apetito.

León observaba a Mevis mientras comía. Sus modales en la mesa, incluso en la naturaleza, eran notablemente refinados, muy distintos del estilo informal al que estaba acostumbrado en casa con su esposa e hijas. Era evidente que había recibido formación formal en etiqueta.



Una idea cruzó por la mente de Leon: para una superviviente de un clan de dragones disuelto, mantener tales hábitos a pesar de la adversidad sugería que ella o su familia habían tenido alguna vez una posición importante. Sin embargo, no era algo que pudiera preguntar a la ligera. Observar era una cosa; curiosear sería de mala educación.

La atención de Leon se desvió hacia un anillo en el dedo índice derecho de Mevis. El material negro brillaba tenuemente a la luz del fuego, pero no era cristal ni diamante. Parecía algún tipo de metal.

Al notar la mirada curiosa de León, Mevis levantó la mano y examinó el anillo. “¿Te interesa mi pequeño accesorio, Príncipe?”

León salió de sus pensamientos, rascándose la cabeza con una sonrisa tímida. “Ah, no. Solo pensé que el material parecía raro”.

Mevis parpadeó y respondió después de pensarlo un momento: “Es raro”. Luego no dijo más y reanudó su comida.

Al darse cuenta de que no quería hablar de ello, León cambió de tema. "Hablando de anillos, maestra, me di cuenta de que ni yo ni la Reina Dragón Plateada llevamos anillos de boda. Qué curioso, ¿verdad?"

¿Anillos de boda? ¿Anillos? Ni siquiera tenemos fotos de la boda, pensó León con tristeza. Ser una pareja que empezó con un embarazo inesperado significaba que algunas cosas se habían... apresurado.

Se rió y dio una breve explicación: «A mi esposa y a mí no nos gustan los adornos llamativos, así que decidimos no usar anillos».

Mevis asintió. "Ya veo". No insistió más y la conversación volvió a temas más ligeros.

Tras terminar el pescado, Mevis se levantó y esparció tierra sobre el fuego, apagándolo. "Sigamos adelante, Príncipe".

—Entendido —respondió León, levantándose para seguirla río arriba.

Una hora después llegaron a la fuente de contaminación.

Una pequeña cascada desembocaba en un charco de agua ahora oscurecido por un ominoso color púrpura, con una tenue niebla elevándose de su superficie. La vegetación circundante se había marchitado, dejando la zona inquietantemente sin vida.

De pie en la copa de un árbol, contemplando la escena, Mevis señaló: «Príncipe, mira por encima de la cascada. Parece un nido».

León la siguió y lo vio: un nido de insectos, del que emanaba una tenue niebla púrpura. «A juzgar por el tamaño y la ubicación, probablemente sea una especie peligrosa para volar», supuso.

Mevis asintió. «Como tiene nido, probablemente sea territorial. Podemos esperar aquí a que regrese».

"Buen plan."



Los dos se colocaron en posición, listos para observar.

Durante su vigilia, León miraba de vez en cuando a Mevis, y este le devolvía la mirada. Cada vez que sus miradas se cruzaban, ambos apartaban la mirada rápidamente, fingiendo que nada había pasado.

La incomodidad le recordó a Leon sus primeros días con su esposa, cuando se mostraban igualmente vacilantes y reservados en sus conversaciones. Pero Leon, graduado de la "Academia de Maridos Modelo", no albergaba ningún interés romántico por Mevis.

Aun así, había algo en su mirada: curiosa, contemplativa y con una complejidad que iba más allá del mero escrutinio.

—Príncipe, el objetivo ha aparecido —dijo Mevis de repente, interrumpiendo su hilo de pensamiento.



León dejó de lado sus pensamientos y miró hacia la cascada.

Una mariposa enorme con alas iridiscentes descendió sobre el nido.

—Es una mariposa reina de alas venenosas —comentó León—. Con razón el río está contaminado. Durante su época de apareamiento, libera feromonas para atraer a sus parejas. Estas feromonas son tóxicas para el medio ambiente.

Mevis asintió. «Esto aclara tanto la contaminación como el comportamiento de la mariposa. La academia estará satisfecha con los resultados».

-¿Por qué? -preguntó León.

“La participación de los familiares forma parte de la evaluación. Refleja si se tomaron la prueba en serio”, explicó Mevis.

—Entonces, si voy allí y elimino a esa reina mariposa yo mismo, la puntuación final de Noa está garantizada como perfecta, ¿verdad? —preguntó León, con evidente entusiasmo.

Mevis suspiró, reprimiendo una risita. «Príncipe, aunque sé que eres capaz, esta prueba enfatiza el trabajo en equipo. Deberíamos, al menos simbólicamente, trabajar juntos para superarla».

León se rascó la cabeza, pero cedió. "Está bien. Solo grita "¡Vamos, Príncipe!" desde un lado, y yo me encargo del resto".

Mevis rió suavemente. «Eso funciona. Pero lo haremos juntos, simbólicamente, por supuesto».

León, ansioso por actuar, asintió. "¡Hagámoslo!"

Los dos se colocaron en posición, uno al lado del otro en la copa del árbol.

Bajo la luz de la luna, un brillo plateado delineaba sus formas, dándoles una apariencia casi de otro mundo.

Mientras una suave brisa agitaba las hojas, una sola cayó a sus pies.

En el momento en que tocó el suelo, desaparecieron, saltando en el aire.

Dos figuras volaron con gracia hacia el nido, con relámpagos crepitando en sus manos mientras atravesaban la oscuridad, iluminando el cielo nocturno.

Traducido por:

๐๗๖๐ - RexScan

